



SOBRE LA EPIDEMIA
DE FIEBRE-AMARILLA
EN GUAYAQUIL.

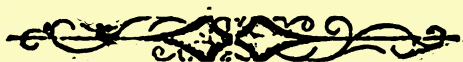
POR EL

D. DON FRANCISCO MARIANO DE MIRANDA

“ Para conocer las enfermedades es preciso estudiarlas; para curarlas, conocerlas.”

CONTIENE:

Un opúsculo histórico de la epidemia—La exposición de sus síntomas—El tratamiento de la enfermedad—El método curativo generalmente adoptado en Guayaquil—Otro método, casero, probado en dicha Ciudad con el mejor éxito, y acreditado en la Habana—CONCLUSION.



LIMA, 1844.

IMPRENTA DE EUSEBIO ARANDA.

INDICE.

	PAJ.
Advertencia preliminar.....	1 ^a
Seccion 1. ^a de la fiebre-amarilla.....	3 ^a
Seccion 2. ^a de sus síntomas.....	10
Seccion 3. ^a del tratamiento.....	16
Método curativo jeneralmente adoptado por los profesores de Guayaquil.....	23
Conclusion.....	25



NOTA—El método casero se halla al fin de la Seccion 3.^a

ADVERTENCIA PRELIMINAR.



Por si ocurre á alguno la idea de censurar este pequeño escrito, debo advertir á sus lectores de las circunstancias que en mi concepto lo disculpan ante el mas severo censor. Sea la primera, el haber sido escrita esta Memoria á bordo del Bergantin Condor, durante su cuarentena al frente de la isla de San Lorenzo, sin libros ni auxilio alguno mas que el que designa su título. Segunda, que mi profesion no es la medicina, la cual he estudiado, creo que no con poco provecho, llevado de una singular inclinacion á las ciencias médicas; pero que solo la he ejercido comunmente con los desvalidos en algunos casos, y en otros, por respetos de amistad ú otras consideraciones, como en Quito y en Guayaquil, con la política precaucion de solicitar la compañía de un médico del pais en los casos graves en que he sido llamado. Tercera y última, que esta memoria no es escrita con otro objeto, que de prestar un servicio útil á la humanidad, en los casos de epidemia de fiebre amarilla.

(F. M. de M.)



BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO-ECUADOR

SECCION 1.^a

LA FIEBRE AMARILLA

Este terrible azote de la especie humana, que entre la numerosa y complicada plaga de males que acompaña la vida, es sin duda el que mejor cumple su misión destructora, se ha distinguido siempre de las demás enfermedades epidémicas y obtenido un preferente lugar en los tristes actos de las calamidades públicas de este género: no debemos exceptuar el horrible Cólera-Morbus Asiático, que tantas desolaciones hace en el viejo mundo. Parece que el cólera le aventaja en la rapidez con que sigue el curso de los ríos y vence las más elevadas cordilleras para visitar todos los países, acomodándose perfectamente en todos los climas. Este funesto viajero vive lo mismo en los temperamentos ardientes que en los fríos y que en los templados, y como Protée de muerte cambia su faz, presentándose bajo los unos eminentemente inflamatoria y en los otros completamente atáxica. Sus ataques son también, aunque no siempre, más vivos y decididos que los de la fiebre amarilla; pero el cólera es frecuentemente traicionado por sí mismo por los síntomas preliminares que se manifiestan, á cuyo proémio han llamado uniformemente en Europa "la colerina." Esta circunstancia presta favorable ocasión para alejar al enemigo, derrotando su vanguardia, como se acredita por repetidos casos, en los que la curación de la *colerina* ha impedido el desarrollo del cólera. A lo menos, su poder se debilita de modo que el ataque próximo pierda mucho de la violencia que caracteriza el mal. La fiebre amarilla no se vé sino en los países cálidos y en los templados, durante la estación calurosa, y su carácter viajero parece que está limitado á la jurisdicción de las costas. Ella no pasa del litoral como se vé en su historia desde principios del siglo presente ó fines del anterior, hasta nuestros días.

En su aparición en las costas de Andalucía baja, en 1800, en 1804, 1813 y 1819, lo mismo que en la terrible de Barcelona no ha desmentido este principio; y creo que puede decirse lo mismo de la epidemia de Gibraltar. Sevilla participó del mal epidémico por su breve y franca comunicación con San Lucar de Barrameda por el hermoso río Guadalquivir; pero jeneralmente podemos asegurar, que la fiebre amarilla no ha penetrado al interior del país, ni presentándose en las estaciones frías, ni durado más tiempo en su máximo que el de tres meses, excepcionando la épide-

mia de Guayaquil, y los países en que esta enfermedad vive endémica, como la Habana, Nueva Orleans &c. Sin embargo, ella es mas horrorosa, y se ha hecho mas temible que el cólera, ya porque son infinitamente menos los individuos que en una poblacion atacada de la fiebre amarilla se libran de ser invadidos, que los que en igual caso escapan de la invasion del Cólera Morbus; ya porque son mas los que salvan de la muerte en los ataques de esta enfermedad, por rijidos que sean, que los que triunfan de aquella, cuando se desarrolla con toda la intensidad de que es capaz.

De estas dos circunstancias, probadas en la aparicion y progreso de ambas enfermedades epidémicas, se colije de un modo probable que, el contagio ó infeccion que trasmite el tiphus amarillo de los unos á los otros, es mas eficaz y activo que el del cólera, y que aquel es mas esencialmente mortal que éste. Bastante es lo dicho para justificar la funesta preferencia que obtiene la fiebre amarilla sobre todas las afecciones morbíficas epidémicas, que aparecen diezmando al jénero humano. Males que muchos miran como invisibles ministros de la Divina Justicia enviados para castigo de los hombres, y muchos consideran como efectos precisos de causas naturales, sin mas relacion con la Divinidad que la que tiene cualquiera consecuencia de la creacion. Creo que con excepcion de la peste de Oriente, no hay epidemia que se nos presente con aspecto mas horroroso que la fiebre amarilla. Lo repentino de su ataque sin premisas de incomodidad antecedente; la rapidez de su progreso en el desarrollo del mal, con el aparato de sus sintomas; la idea de un contagio ú infeccion, que desgraciadamente comprueba la experiencia hasta el extremo de descubrir en un punto de consideracion positiva, lo uno ú lo otro, sin que nada valga en contrario la opuesta opinion de los anti-contajionistas: lo poco que se conoce aun esta fatal enfermedad, facultativamente hablando, y la imposibilidad de hablar hasta hoy, no diré un específico, como es de desear, tal cual la quina ó corteza del Perú lo es, en las fiebres intermitentes, y las preparaciones mercuriales lo son, en las afecciones venéreas: sino un método, un tratamiento, que con las modificaciones que demandan en todos los casos y en todas las enfermedades los climas y la ideosinerasia ó temperamento particular de cada constitucion, pudiese adoptarse jeneralmente con seguro suceso, la hacen temible en grado eminente, y el terror pánico con que se la considera no contribuye poco en aumentar sus estragos.

Verdaderamente, un miedo estremado, una vehemente aprension, es un auxiliar conocido de la fiebre amarilla. El

temor excesivo ocupa la imaginacion, destruye la fuerza moral, y ataca la economía, turbando sus funciones; siéntese al instante la ansiedad en el estomago y la palpitacion, la melancolia se apodera del individuo, la postracion no tarda, y hé aquí la predisposicion mas excelente para recibir la enfermedad, y cuyo conjunto de accidentes produce muchas veces el verdadero mal que se ha querido significar con el nombre de *influenza*. La fiebre amarilla, conocida tambien por el *Tiphus hicterodes*, aunque hubo tiempo en que se creia enfermedad diferente, parecida á la primera, llamase tambien *Fiebre de las Antillas*, donde es endémica, *Vomito prieto* en la Habana, y *Tiphus amarillo* segun algunos autores.— Si es totalmente cierto lo que refiere La-Condamine, es decir: si la fiebre amarilla estuvo á mediados del siglo pasado en Panamá y extendiendose por la costa del Chocó, llegó á Guayaquil, siendo ó nó importada por unos galeotes naufragos, será la segunda vez que las hermosas riberas del Guayas han trocado la eternal sonrisa de su perpetua y pródida primavera, por la silenciosa y triste faz del dolor. Sus frescos y lozanos palmeros, se habrán cambiado por dos veces en funestos cipreses y su vasta vejetacion, que desde la entrada al magnifico rio, convida al admirado navegante al seno de una mansion poetica, deliciosa, habrá dos veces engañado su esperanza, llevandole al luctuoso seno de las lágrimas y de la muerte. Empero el tiempo, tardío aunque seguro consolador, no permite que el dolor se trasmita de jeneracion en jeneracion. Aquella desgracia, si aconteció, no habrá dejado apenas vestijios en la memoria de nuestros contemporáneos. Yo me contraeré únicamente en este pequeño escrito á la epidemia aparecida en Guayaquil en Setiembre del año de 1842, y que desgraciadamente no habia aun desaparecido completamente en nueve de Junio último, dia en que dí un penoso “adios” á las Ecuatorianas playas, que me fueron grato asilo en cuatro años de emigracion.

El tiphus amarillo se presentó en Guayaquil á principios del citado mes, como un terrible sicáro, ocultandose hasta de sus propias victimas. ¡Cuántos han perecido sin la menor idea del mal que los destruia! Despues de unos dias de su horrenda aparicion, fué delatado por el Dr. Destruge, que fué el primero que conoció al encubierto enemigo. No tardó pues en acusarle ante el Gobierno y ante el público; pero la acusacion no fué oida con la fé que la dictaba; y la razon de ésto no está distante del órden natural de las cosas. Guayaquil empezaba la estacion en que son frecuentes allí las fiebres: no habia idea ni la menor, acerca de la fiebre-

amarilla y nunca se teme lo que no se conoce de algun modo. Los médicos, tanto los extranjeros como los del país, á excepcion de uno que otro de los primeros, no habian visto jamas la fiebre-amarilla sino en los libros: la parte pensadora de la sociedad, si bien conocia que existia un mal destructor en el país, desechaba el horrible anuncio del tiphus revelado por Destruge, ya fuese por la natural propension de arrojar de nuestra idea el mal que nos horroriza, como si no hubiera mas que hacer para evitarle, ó ya fuese porque la epidemia aun no habia empezado á entenderse con la clase notable. Su imperio devastador se limitaba entónces á la clase comun; y la que llamamos distinguida, no se cura mucho, en todas partes del globo, del sufrimiento de las masas que se llaman pueblo. De estas no hay mas que decir sino que, los menos, con auxilio de médicos y botica, y los mas, con yerbas y oraciones, morian las tres cuartas partes de los que enfermaban sin que les incomodase el como ni el por qué. Este cuadro ha sido el mismo, con muy corta diferencia en todas las partes del mundo donde se ha presentado por la vez primera una epidemia mortal.

Repetíanse los casos, crecian los temores y los mas de los médicos abrazaron la creencia del Dr. Destruge, la que á fines de Setiembre ó principios de Octubre era ya jeneral en todos los profesores y el comun de la poblacion aunque no en algunas personas notables. No contribuyó poco á ello la certificacion de una junta médica de casi todos los facultativos residentes en Guayaquil, que calificaba la epidemia de una *Fiebre-intermitente-biliosa*. Este documento, que corre impreso en uno de los números del "Correo Semanal" fué un arbitrio que se creyó útil para calmar un tanto la agitacion pública; porque el temor era ya en muchos individuos un verdadero estado mortífero. En fines de Octubre, no habia quien dudase de que la epidemia reinante era la fiebre-amarilla, y se aumentó considerablemente la emigracion al interior y á los campos del litoral, que habia empezado en los primeros dias del mes. A esta fecha el mal epidémico habia grasado en el país sin perdonar sexo, edad ni condicion, y muchos eran ya los que tenian á bien caro precio la muestra de este tipo fatal.

Al hablar de esta triste historia, no es mi ánimo ensalzar el mérito de unos y defraudar el de los otros. He dicho que el Dr. Destruge fué el primero que conoció la fiebre-amarilla, porque así aparece del aviso que dió á la gobernacion de Guayaquil, en principios de Setiembre, y porque he sido uno de los muchos testigos de sus opiniones á este respecto, presentadas al público en aquellos dias; confe-

sando con la injenuidad que me caracteriza, que fuí uno de los mas pertinaces contrarios de tal creencia, si bien es verdad que, no ejerciendo yo la facultad jeneralmente, no carece de disculpa mi contraria opinion, aunque no la pertinacia; pero para ella mediaron algunas razones que no tienen lugar en esta memoria. Esto supuesto, no se entienda que yo niegue el mérito de algun otro profesor que hubiese conocido el tiphus-amarillo á la par de Mr. Destruge; ha podido haberle; pero este Doctor fué el que primero reveló su existencia.

A propósito de lo mismo, diré: que en mi humilde opinion, la discordancia de los médicos no era nada extraña, porque nada tiene de admirable que desconociesen la fiebre-amarilla algunos profesores que jamas la habian visto en su practica, cuando varios de los eminentes médicos en Cadiz, Málaga, Barcelona &, la desconocieron algunas veces en sus reapariciones despues de haberla tratado antes. ¡Cuantos de los que asistieron en la primera epidemia de Cadiz dudaron al principiarse la segunda de si era ó nó la misma enfermedad! ¡Cuantos han establecido notables diferencias al observarla en las Antillas y despues en Andalucía y en Cataluña, á pesar de que tales diferencias no son realmente sino anomalías propias de la fiebre-amarilla! ¡Por qué, algunos de los que trataron en un punto y la consideraron sin lugar al temor del contagio, la reconocieron en otro eminentemente contagiosa? Los profesores de Guayaquil uniformaron sus opiniones y apuraron su esmero en la asistencia de sus enfermos hasta caer casi todos á su turno, y algunos de ellos víctimas de su contraccion en las aras del deber.

Prescindo de la cuestion de si la epidemia de Guayaquil fué importada de Panamá, donde no la habia, en la goleta "Reina Victoria:" si la llevaron á bordo los pasajeros que tomó en aquel puerto, procedentes de Jamaica: si ingresó en el paquete de los vapores, bergantin "Lord Abinger" que llegó de Chiriquí con casi toda su tripulacion enferma de fiebres tifoides, segun se calificaron: si se embarcó en la goleta "Bruja" que entró en la ria con bastantes enfermos, ó finalmente, si se creó en Guayaquil del mismo modo que deben haberse creado todas las enfermedades epidémicas en su primer orijen, cuando aun no habia almacenes de donde exportarlas para llevarlas á otros puntos, sino el jermen de todos los males, que como el de todos los bienes de la vida, está en la naturaleza nunca bien revelada á los hombres. ¡Y por qué no podrán reunirse en el punto B. las mismas causas desconocidas que se reunieran antes

en el punto C. y producir las mismas alteraciones, los mismos fenómenos? Repito que prescindo de tal cuestion, que ni cabe en esta memoria, ni es de ningun valor real al objeto de ella. Trato del hecho, y este está consignado en la aparicion de la fiebre-amarilla en Guayaquil en Setiembre de 1842. Hablo de ella, de sus síntomas y de su tratamiento; y sin consentir ni negar en la opinion que señala á la "Reina Victoria" introductora de la epidemia, me propongo desempeñar mi propuesto asunto.

Extendiose el tiphus por el barrio del astillero y se trasmitió á la ciudad vieja, al extremo opuesto de la poblacion, sin que en el centro de ella hubiese hasta entónces sino pocos casos, comparativamente, de epidemia; pero muy en breve se vió toda la ciudad igualmente combatida sin que hubiese casa en la que cayese un enfermo que no siguiesen á su turno los asistentes y los vecinos, salvo aquellas pocas excepciones cuyo privilegio no podemos bastantemente comprender. Ello es, que en Guayaquil como en cualquiera otro punto epidemiado, se han visto individuos mezclados con los enfermos, que han escapado del mal comun, al paso que, muchos de los que se han aislado en lo posible por huir de la tormenta, han caido heridos del rayo. A esta excepcion podemos añadir las personas que la habian pasado en Europa ó en las Antillas, y la rara particularidad, de no contarse Español ni Panameño alguno, entre los enfermos de la fiebre-amarilla.—De resto, ella ha pasado una jeneral revista hasta el extremo de no permitir escapasen de su furia los que la huian en los campos; muchos de estos cayeron en los lugares que creian asilo seguro, y otros fueron recibidos por el tiphus á su regreso á la ciudad cuando la juzgaban libre de la epidemia.

Desde Setiembre último hasta Febrero del presente año, la fiebre no salia de Guayaquil y de la extension de su rio. Samborondon, Bodegas, Daule, sufrían su terrible azote lo mismo que el Morro, que fué invadido por Diciembre; pero no tardó en estenderse por la costa y diezmar las poblaciones de la provincia de Manaví. Yo no puedo recordar sin horror y pena el cuadro horrible que presentaba Guayaquil á los principios de la enfermedad. Empezaba la fiebre los prolegomenos de su obra de destruccion, y el pánico terror de las jentes ayudaba al ajente exterminador cuando mas pensaba en resistirle. En lo jeneral, los desgraciados que enfermaban eran malísimamente asistidos y muchos casi abandonados, porque pocos osaban acercarse á los lechos de putrefaccion y muerte. La clase mas menesterosa no es prestaba á este servicio sino con suma dificultad y por una

paga exorbitante.—Los médicos nada adelantaban al principio contra el mal, y pocos eran los que lo estudiaban sin temor en los casos que asistian. Sin embargo de esto, ¡cuantas víctimas hicieron triunfar el amor, el deber y la amistad, del horror que amenazaba vencerlas en la lucha! Los épidemiados no eran recibidos en el hospital jeneral; y la posicion de la plebe enferma era terrible. Los mas de los médicos no tardaron en recibir el galardón mas pronto de los hijos de Hipócrates: el contagio ó infeccion. Creo que no pasan de dos los que se libraron de la épidemia: los DD. Bravo y Jameson fuéron víctimas, y los demas enfermaron casi á un tiempo, falleciendo el Sr. Bernal, encargado del hospital jeneral; hombre de mas caridad cristiana que de saber; pero que habiendo sido el consuelo de los pobres aflijidos, fué utilísimo en esta época fatal, y se sacrificó en las aras de la salud pública, consagrándose á la humanidad doliente.

La Gobernación dispuso lo mas pronto posible la ereccion de un hospital especial para los enfermos del typhus, en lugar aparente, con lo que tuvo la clase miserable un seguro asilo donde estar á cubierto del horroroso abandono, tan temible como la muerte misma, y que es las mas veces su infalible conductor. Ordenó las medidas higienicas que podian tener lugar y veló celosamente porque no faltasen en la ciudad algunos comestibles, que ya empezaban á escasear, y por impedir la granjeria de algunos especuladores, no permitiendo precios escandalosos y arbitrarios en los articulos de necesidad. No obstante estos y otros consuelos, el pais presentaba la imagen del dolor adornada con el espanto. Unos temian seguir la funesta suerte de los que veían morir; otros lloraban á los muertos. ¡Quien podia estar ajeno de temer y de sentir?

Lograron despues los médicos combatir el mal con algun éxito, y arrancaron algunas presas á la muerte; pero podemos asegurar que, hasta muy entrada la épidemia no habian adoptado un método jeneral y uniforme. Cada uno asistia sus enfermos bajo su sistema particular ó segun su modo de ver, como explicaremos en su lugar; pero al fin, con una que otra variacion accidental, el método curativo del Dr. Destruge, actual presidente de la junta médica, es el que jeneralmente ha estado en práctica, y en práctica feliz; porque parece ser una verdad comprobada en casi todas las épidemias de fiebre amarilla; que el método que ha salvado mas enfermos ha sido el antifojetico en toda su extension y algunas veces modificado segun los casos.

Seria faltar á la justicia el concluir esta seccion sin hacer

una memoria honorífica del ciudadano Gobernador de Guayaquil, el Sr. Vicente Rocafuerte. Su patria conoce cuanto le ha debido en el largo y fatal periodo de la epidemia. El dolor que oprimia su corazon, por las víctimas que contaba de su respetable familia, no le hizo desmayar de modo alguno en su constante esmero hácia el alivio jeneral: fué un Jénio consolador en medio de la tempestad.



SECCION 2.^a

DE LOS SINTOMAS.

Al hablar de los síntomas de la fiebre-amarilla, creo debamos establecer que, esta enfermedad que se halla en el catálogo de los typhus, es eminentemente inflamatoria, aunque en ella concurren muy temprano los síntomas adinámicos, y tal vez en medio de los fenómenos inflamatorios. La fiebre es de un carácter maligno, y aunque esta enfermedad no esté bien localizada, parece que no puede dudarse que su asiento principal es la rejion épigástrica como lo indican la turbacion de las funciones del estómago, la sensacion dolorosa que se siente en él y los vómitos que sobrevienen. El aparato intestinal participa de la irritacion bien pronunciadamente, como se vé por el estreñimiento ó estitiquez que se experimenta, y por las evacuaciones espontaneas que tienen lugar algunas veces cerca de la terminacion, y presentan un estado de gastro-enteritis. El hígado no es indiferente al mal: la elaboracion de la bilis es excesiva y de una calidad sumamente ácre. Ella tiñe frecuentemente la piel, y rebulsa en los vómitos y cámaras.

Ordinariamente, la fiebre-amarilla hiere al hombre de un modo sorpresivo, sin dar lugar á sospechar mal alguno por los preliminares de otras enfermedades. En el mejor estado de salud, despues de haber dormido sin vijilia ni desasosiego; acabando de comer con el mejor apetito; de leer, de cantar, de bailar; on el medio de las necesidades y placeres de la vida se hace sentir, derribando en un momento al infeliz blanco de sus iras; cambiando el tranquilo sueño en pesada y sofocante modorra, el buen apetito en fas.idio y nauseas. y la mae viva alegria en la tristeza mortal con que se retrata en el rostro de sus víctimas. El hombre se siente transformado en un repentino instante, aunque sin

mas padecer sensible, por lo pronto, que la cefalalgia ó gran dolor de cabeza, que es jeneralmente la vanguardia de la enfermedad; pero tan inmediata al cuerpo de ella, que poco tiempo es bastante para la reunion simultánea de toda la fuerza.

Los síntomas, segun los tratadistas de esta enfermedad, y lo que yo he podido observar en ella, en Cadiz, Jamaica y Guayaquil, pueden significarse así:—"dolor de cabeza, calostrios, descomposicion, ó desazon jeneral: pulso lleno, duro y frecuente, rostro encendido y ojos ardorosos, piel ardiente y seca (no siempre) y color amarillo en el cuello y pecho algunas veces; lengua lijeramente pastosa y sin el rojo fuerte que presenta en sus bordes en las gastritis intensas;—dolor al espinazo y con frecuencia al pecho;—dolor ó fatiga al estómago—cansancio extraordinario en las piernas—suspension de orina, que en algunos ha sido retencion dolorosa—náuseas, vómitos de una materia flemosa—amarillos despues; postracion, modorra, delirio, vómito prieto, hemorragias por la nariz y encias;—evacuaciones, eruptos, inquietud, hipo, inmediato antecesor de la muerte.

Estos síntomas, que no siempre concurren en su totalidad, como sucede con todos los que caracterizan las demas enfermedades, son los que revelan la fiebre amarilla, sin prestarse á la equivocacion si se observa el desarrollo y rápido progreso de ellos, singular en este mal; si se fija la atencion en la remision ó completa intermitencia de la fiebre, del primero al segundo período, y á la melancolía que se pinta en el semblante de los enfermos, la que ordinariamente es tal en los que son atacados de un modo terminante, que parece que conocieran la infalibilidad de su próxima muerte. He visto algunos, incorporados por momentos en el lecho, en un silencio tan fuertemente significativo, que pudieran servir de modelos para una estatua de la tristeza. Creo que el modo mejor de explicar esta materia será el de seguir la enfermedad desde su invasion hasta su término, consultando la claridad posible y no separandose de los casos prácticos.

He dicho que este mal hiere súbitamente sin preliminar alguno, porque así sucede por lo comun; pero tambien se han visto algunos casos raros, de individuos que el dia anterior al ataque de la fiebre, tenian una notable variacion en su fisonomía, que puede significarse con el dicho vulgar: *rostro desencajado* que explica la alteracion de las facciones de la cara. La que noté en el jóven Ramon Hernandez, 24 horas antes de ser invadido de *Cyphus*, era ex-



traordinaria: un semblante hipocrático escepto la flacura. De estos individuos, cuyo aspecto parece un silencioso mensajero del huesped que se les acerca, he visto alguno que se quejaba de una sensacion de disgusto que no comprendia y que menos podia explicar; pero los mas, no solo no sentian incomodidad alguna sino que ignoraban, ó á lo menos no les alarmaba, la desventajosa transformacion de sus rostros. Apesar de esto, por lo comun hemos visto á las personas sorprendidas por un ataque brusco en el acto de estar comiendo con escelente disposicion, ó en algun grave negocio, ó entre los placeres inocentes y utiles como la lectura, la música, &c.

Los síntomas primitivos ó que acompañan al mal en su invasion, se reducen por lo comun á los siguientes:—dolor de cabeza, principalmente sobre la frente y sienes. Los calosfríos, que muchas veces son substituidos por una lijera destemplanza, y en otras por el excesivo calor á la piel—ardor en los ojos, que se presentan encendidos—rostro rojo, que en algunos pacientes se advierte poco—lengua ligeramente empastada—náuseas ineficaces. dolor al espinazo—sensacion incómoda al estómago—pulso lleno; pero no frecuente.” He aquí en lo jeneral el estado de un enfermo en la invasion del mal, aunque hay casos en que concurren menos síntomas de los que van descriptos, y otros en que se presentan algunos mas. He visto enfermos que en las doce horas primeras del ataque, solo se quejaban del dolor de cabeza y ardor á los ojos; y otros que á las veinticuatro presentaron todos los síntomas, mas ó menos graves, con excepcion del vómito prieto y caracteres de la terminacion; pero lo mas frecuente ha sido invadir la fiebre del modo que hemos significado. La invasion es siempre momentánea, cuando pocas horas son suficientes para el completo desarrollo del mal. Este estado dura todo el primer período de la enfermedad, que creo no equivocarme al fijarlo de las 24 á las 36 horas del ataque, cuyo término es incapaz de confundirse ó desconocerse, por venir marcado con una mejoría, engañadora las mas veces. El enfermo se vé libre de fiebre: hay una completa apirexia aunque de poca duracion. En algunos individuos es unicamente una remision, pero muy sensible. Durante este estado ó primer período, se reagran y aumentan los síntomas presentados en la invasion ó se disminuyen en número é intensidad; pero ninguno de ambos extremos dá luz suficiente para el pronóstico. Es necesario esperar el segundo período para aventurar con probabilidad un juicio acerca de la terminacion; porque son mul-

tiplicados los casos en los que, despues de una benigna invasion y primer período leve, ha seguido el segundo borrascoso y de un progreso funesto hasta la muerte; así como ha sido bien frecuente una terminacion feliz cuando en el segundo período no ha habido escacerbacion en la fiebre ni aparicion de otros síntomas que en el primero.

Empieza el segundo período de la enfermedad, ó con la simple reaparicion de algunos ó de todos los síntomas del primero, con un carácter benigno, en cuyo caso termina el mal de un modo feliz, ó sucede esta reaparicion con carácter alarmante y recargo de síntomas. Entónces vienen atropelladamente los fenómenos typhoides y en períodos irregulares y poco claros marcha la enfermedad á una terminacion, funesta las mas veces, por la escala gradual que marcan los síntomas descriptos al principio de esta seccion. Es entónces que, se manifiesta el color amarillo, que se verifican los vómitos y las evacuaciones, que sobrevienen la modorra, el delirio, la postracion y todo el horroroso cortejo que acompaña á la disolucion de la hermosa y precedera máquina del hombre. En esta apurada situacion, bien claro se vé la aproximacion de la muerte al lecho del paciente; pero en algunas muy parecidas ha logrado la naturaleza, ayudada del arte, una prodijiosa reaccion, arrebatando de la segur de la Parca lo que ya le pertenecia. En Guayaquil hubo algunos de estos casos, siendo muy notable el del Dr. Duran, que arrojó el vomito ieteródeo, no una sola vez, y sufrió todos los síntomas del mal epidémico en alto grado. En Europa y en las Antillas he visto iguales casos raros; pero son estos triunfos tan singulares, que se oscurecen ó confunden entre la multitud de batallas que se pierden cuando el enemigo se presenta con tales ventajas.

No sé si debemos juzgar del mismo modo en el caso ocurrido en la persona del Señor Jeneral D. Luis José Orbegoso. Lo efectivo es, que estuvo lo mas próximo que se puede estar á la muerte sin morir; y que las circunstancias de su repentina mejoría, de la que se hablaba como de una resurreccion, han dado bastante motivo á creer que, poco obró el arte en su favor y que todo el costo lo hizo la naturaleza en uno de aquellos esfuerzos, que pueden llamarse milagros naturales. Los que obra el Poder Divino son bien diferentes: sus protegidos no tienen necesidad de arrastrar largas convalecencias. Los leprosos y los paralíticos de que nos hablan las Sagradas Escrituras, se levantaban buenos, cargando con sus camillas á la voz del Señor. La naturaleza no tiene este poder.

Casos han habido de funesta terminacion, despues de desarrollado el mal en toda su fuerza y de vencido al parecer, por la cesacion de los síntomas, sin que el enfermo sintiese otra cosa que una extremada debilidad, nada extraña despues de nueve ú once dias de una enfermedad tan destructora como el typhus amarillo, En tal estado de atonía han aparecido algunas veces evacuaciones colicativas, y el paciente ha terminado sus dias. En otras, la repentina aparicion de un parálisis, y de lo que vulgarmente llaman *pasmo ó espasmo*, ha concluido la vida del enfermo entre las convulsiones propias de este mortal accidente. Las hemorragias por la nariz é infiltracion de sangre por las encías, aparece (lo mas comunmente) cerca de las terminaciones; pero este sintoma no es tan significativo en la fiebre amarilla como lo es en los typhus ordinarios. Suele ser precursor de la sanidad, aunque con mas frecuencia lo es de la muerte. Advertiré por lo que pueda valer en la parte de Semeyotica, que en Guayaquil observé la noche anterior al dia de la muerte de un jóven Norte-Americano, de oficio tonelero, que visité en compañía del Dr. Teodoro Jameson, que la sangre que salia de la nariz y encías era esencialmente descompuesta; y posteriormente vi la de otro jóven, que logró sanar del mal, la cual no presentaba alteracion alguna.

Sobre la duracion de la enfermedad solo podemos decir, que su período regular desde la invasion hasta su término es de cinco, siete, nueve, hasta once dias, cuyo maximo no es comun, aunque en la fecha que sali de Guayaquil habia algunos casos de quince dias, segun me indicó el Dr. Destruge; pero esto se esplica por otra clave de la que nos ocuparemos al fin de esta obra. El vómito icteródeo es imposible confundirle con otro alguno bilioso ú atrabiliario: él es peculiar de esta enfermedad y se asemeja á unos granos de arroz de color oscuro, quo se perciben bien al fondo de un material color de chocolate mas ó menos cargado. Algunas veces es casi negro, y otras parece contener mucha cantidad de sangre. De los sintomas en jeneral puede decirse, que aunque ellos sean comunes á otras afecciones morbificas, se distinguen como peculiares de la fiebre amarilla, ya por el órden en que se presentan, ya por la rapidéz y violencia en su progreso, y ya en fin, por un carácter de vehemencia tan pronunciado cual no se observa en otras enfermedades.

Tambien es muy notable el estado de muchos enfermos en los casos fuertes. Unos son ocupados por un delirio mas ó menos constante, hablador é impetuoso como en las fie-

bres cerebrales. Otros lo manifiestan únicamente en los ojos espantados ó distraídos, y en la inquietud de que están poseídos; incorporándose frecuentemente como á un fin determinado y volviendo á su anterior posicion despues de un momento de aparente excitacion. Otros, finalmente, no dan mas señales de la turbacion de su facultad intelectual, que una mente distraida, parada y reflexiva á la vez. La modorra es comun en este estado. Puedo citar el caso del finado Señor Francisco Isuci, en Guayaquil, y el de un pasajero á bordo del bergantin goleta "Enterprise" en la costa del Chocó. El primero, embebido en su letargo interrumpido por una frecuente inquietud, se quejaba lijeramente, y cuando se le preguntaba el motivo de su quejido, respondia como un hombre bueno: *no tengo nada, estoy mejor; estoy bueno*, y volvia á caer en su estupor. El otro, distraido á veces y tan parado como un insensato; otras en continuo movimiento, incorporándose en la cama, sentándose en una silla, sosteniendose de pié en la cámara, pidiendo té y tomando sin trabajo las bebidas que se le administraban, respondia de igual modo que el anterior á las preguntas que se le hacian respecto á su estado, y falleció al despuntar el dia septimo de su enfermedad. Este ha sido uno de los casos mas fuertes de fiebre-amarilla, que yo he visto, y no habrá quien no lo califique de los mas graves si se considera que, este individuo tuvo á las doce horas del ataque todos los sintomas del mal, que marcharon de un modo rápido y progresivo, en especial el vómito, que á las 36 horas era tan negro como la lengua y todo el interior de la boca cuando espiró. Desde las ocho horas siguientes á su repentina invasion, empezó á arrojar el alimento que habia tomado en la mañana, antes de ser epidemiado, y no permitió el estómago la presencia de bebida alguna. Los sinapismos y vegigatorios no produjeron efecto, y en una palabra, se presentó uno de aquellos casos en que se manifiesta bien fuera de problema la inutilidad respectiva de los medios terapeuticos.

Es tambien de notarse que, aunque las recaidas son siempre peligrosas en todas las enfermedades, especialmente en las agudas, es muy raro cuando no son mortales en el typhus amarillo, al paso que, sobrevienen con mas facilidad que en las demas. En aquellas es necesario para recaer algun exceso del convaleciente: en este basta un imprudente descuido. Recuerdo un enfermo que al segundo dia de abandonarle el mal, despues de un ataque no muy grave, salió á la puerta de su habitacion, en el campo, y recibió en el acto mismo una afeccion catarral, que antes de las 24

horas se declaró recaída, falleciendo el paciente al quinto día con los síntomas del mal epidémico. El señor Cuello, en el pueblo del Morro, después de levantado de la enfermedad, salió á la calle antes de tiempo, y aun parece que comió algún esceso, dejándose llevar del apetito que generalmente acompaña la convalecencia: un ataque violento del mismo typhus terminó en dos días su existencia.

Concluiremos la sección de los síntomas para entrar en la del tratamiento de la enfermedad, sin que nos deba quedar duda alguna, por lo que vá dicho de los diversos modos con que ataca este feroz enemigo de la especie humana; por las diferencias y complicación de sus fenómenos en el desarrollo del typhus, y por la variedad de sus terminaciones, de que la fiebre-amarilla es una de las enfermedades mas anómalas, y acaso la primera de ellas, si no la iguala en este jénero el Cólera-Morbus asiático.



SECCION 3.^a

DEL TRATAMIENTO.

A los principios de la epidemia de Guayaquil, como dijimos ántes, cada médico ensayaba sus particulares y diferentes métodos en la asistencia de sus enfermos. No era fácil acaso encontrar tres opiniones uniformes acerca del tratamiento mas analogo contra la enfermedad; pero no habrá habido uno después, que no haya sido abandonado totalmente y substituido con otro, hasta llegar á formar uno casi jeneralmente adoptado y aprendido por cada uno de los profesores en su practica, mas bien que acordado en conferencias médicas. Al principiar el mal epidémico se prodigaron los vómitos y purgantes; se usaron los tónicos, los antiespasmódicos, y finalmente, se trató la enfermedad, por unos, como una fiebre-biliosa de maligno carácter; por otros, como los typhus ordinarios ó fiebres llamadas de hospital, y por algunos, sin método determinado sino segun el juicio que hacian de las indicaciones y segun valorizaban la importancia de los síntomas. Lo mismo sucedia en Cadiz en las primeras epidemias de la fiebre-amarilla, y lo mismo debe suceder en cualquiera parte del Globo donde se presente esta enfermedad á batirse con profesores que no la hayan combatido alguna vez. El año de 1813 y el de 1819 se-

rian muy pocos los médicos residentes en las costas de Andalucía, épidemiadas con el tiphus amarillo, para quienes fuese desconocido el mal. Habian pasado ya dos epidemias, creo que sin incluir la de Barcelona. La de Gibraltar no tengo presente si habia pasado; pero se habia escrito mucho y bueno sobre la fiebre-amarilla, por los DD. Arejula y Florez, y por otros célebres médicos franceses é ingleses. Sin embargo, en 813 la épidemia no hizo menos estrago que en las anteriores épocas de ella. No habia aun una uniformidad esencial en el modo de curar el tiphus icteródes; se ensayaban remedios sin mas probabilidad que aquella con que dan las viejas sus estraños brevajes á nombre de Nuestra Señora del buen suceso, y á la cuenta y riesgo del paciente. No obstante, muchos facultativos distinguidos se manejaron con saber y fortuna en multiplicados y árdulos casos, entre los que se distinguió el ilustrado profesor, D. D. José Coll.

No me parece que dejan de tener en esto mucha parte las frecuentes anómalias de la fiebre-amarilla; por que si examinamos los diversos tratamientos que se han puesto en uso contra esta enfermedad, los buenos resultados de tal ó cual medicamento, desmentidos dolorosamente en nueva época de épidemia, y demas raras circunstancias observadas en la administracion de los diferentes métodos curativos, que han luchado unas veces con el enfermo y otras con la enfermedad, no podremos menos que, ver las discordancias de opiniones médicas como una consecuencia natural del calor que presenta por sus anómalias el tiphus icteródes. La quina ó cascarilla, en ligeras infusiones y aun en espesas abitas, tuvo su crédito en las primeras epidemias, aun después de haberlo perdido enteramente los tónicos en la proscripcion del método estimulante. Esto quiere decir que, el uso de la quina logró algun suceso en un tiempo. El año 19 no se administraba sino en algunos casos de convalescencia, y no se creia util ni en las lavativas; circunstancia que manifiesta claramente, que el solo resto del método tónico que aun prevalecia, cayó en fin en completa nulidad: fué dañosa ó á lo menos inéficaz su administracion, y debia dejar el campo libre, como lo dejaron los vomitivos y los purgantes, después de muchas catástrofes, á un nuevo método; aunque los primeros tenian lugar en raros casos, administrados con prudencia y oportunidad.

En esta época habia en Cadiz regular número de médicos; pero la necesidad hizo aparecer algunos individuos autorizados por el Proto-medicato para asistir en los casos de

épidemia, que trataban por un método práctico y sencillo. Estos no pisaban las escaleras de las *casas grandes*; pero eran los Hipócrates de los barrios bajos, donde puede un curandero, y un médico si se quiere, comportarse como un Cid Campeador sin que haya quien censure sus campañas. Conocí, entónces, un mal violinista que no era mas perito en el arte de curar que en su desdichado violin, y no se puede negar que fué uno de los que lograron mas triunfos contra la fiebre-amarilla. ¿Cómo se explicará esto? Una dolorosa y bien cara experiencia habia enseñado, que cualquier estímulo exacerbava la fiebre, aumentaba la intensidad de los demas síntomas, y por decirlo de una vez, era el pábulo mas á propósito para el fatal desarrollo del tiphus. Los médicos, á excepcion de algunos ancianos, ciegos adoradores de las rancias ideas y enemigos por sistema de las innovaciones, sin examinarlas, no empleaban otro método que el antiflojístico. Las decocciones de flor de sáuco, cebada, linaza, acciduladas con el ácido muriático ó el cítrico—las ayudas lijeramente estimulantes, y despues las emolientes—la aplicacion de apositos y sinapismos á las pantorrillas—sangrias en pocos casos, y sanguijuelas en muchos hacian la terapéutica para el tratamiento del tiphus-amarillo. Este método tenia ya su cartilla práctica, y acaso era mas difícil á nuestro violinista la ejecucion de un pasaje de Rossini, que la puntual del pequeño Al-Koran médico que le servia de guia, muerto mas ó menos.

No diré por esto, que la épidemia de que hablamos no hiciese sus estragos; pero no fueron comparables con los que hicieron las anteriores, no obstante de ser uno mismo el mal é igual la intensidad. Nada vale contra esta reflexion, el número de individuos que lo hubiesen pasado en las fechas anteriores; porque la mayor parte de la poblacion de Cadiz no es su vecindario: españoles y extranjeros transeuntes y estacionarios la aumentan considerablemente, y de consiguiente no podemos considerar la épidemia de 819 sobre los mismos habitantes de 800 y de 813.

No juzgo que será inútil mencionar aquí el método que alcanzó mas victorias, segun lo ví administrar á muchos.—Tan luego como el individuo era invadido por el mal, se le administraba una gran taza de la infusion caliente de flor de manzanilla, no muy cargada, con una regular dosis de crémor tártaro, dos cucharadas de aceite de almendras dulces y algunas gotas del accido de limon. Despues de esta bebida se abrigaba al enfermo con cobertores sobre la ropa ordinaria de la cama, y se le repetia la to-

ma á las dos horas si la primera no habia producido su efecto. El resultado comun era mover lijeramente el vientre, aunque en algunos obraba tambien como un suave vomitivo, y promover la diáforesis de un modo extraordinario. Jeneralmente, cuando el enfermo no rebulsaba la bebida, tenia su cumplido efecto, y el sudor era tal, que habia necesidad de cambiar cuidadosamente la camisa al enfermo, cuatro y cinco veces, y aun la ropa de la cama. Lograda esta secrecion jeneral y profusa, aunque el vientre no se hubiese movido, el paciente estaba fuera de peligro. Aplicábanse despues las ayudas, siendo las mejores para primeras las de agua del mar; seguian las emolientes, y las bebidas de que hemos hablado, acciduladas ó gomosas, concluian la curacion sin necesidad, las mas veces, de sinapismos ni de otros procedimientos, por desaparecer despues del sudor el dolor de cabeza y todos los síntomas, quedando el enfermo el dia quinto de la enfermedad en verdadero estado convalesciente. Los que rebulsaban la bebida, y algunos que la retenian sin efecto (cosa muy rara) eran asistidos por el orden antes descripto, sangrándolos al segundo dia ó disponiendo emisiones sanguineas locales por la aplicacion de las sanguijuelas, segun el temperamento del enfermo y demas circunstancias que deben tenerse presentes en tales casos. Varios individuos de los que arrojaban el vómito píctico, se vieron escapar del typhus á beneficio del éter sulfúrico, que produciendo una pronta derivacion, hacia salir por las cámaras las materias icteródeas del vómito; pero este tónico, único que osó quebrantar su destierro, no salvó muchas victimas, añadiendo que, algunos de los que por él habian sacudido el mal, morian en la convalescencia dominados de una fiebre lenta que los consumia.

El calomel, que reportó buenos sucesos en la epidemia de Gibraltar en la que fué administrado con la liberalidad que acostumbran los ingleses, no tuvo apenas lugar en Cadiz, y en los pocos casos que fué subministrado no ganó crédito alguno.—El remedio favorito de Nueva Orleans, que consiste principalmente en grandes tazas de café cargado, con grandes dosis de crémor, no dejó de presentarse por algunos con una gran fama teórica; pero en la práctica no tuvo mejor resultado que una oracion á Santa Apolonia en un dolor de muelas. Las gavillas de curanderas, jente que pertenece á dos secciones peregrinas, una proxima á salir del mundo, que son las viejas, y la otra que pretende no pertenecer á él, que son las beatas, no tuvieron que apelar de esta vez á su medicina herbolaria y emplastadora,

ni aun en el ramo de lavativas de que son tan devotas. La curacion de la fiebre-amarilla estaba sancionada por una ordenanza de rijida observancia, y el enfermo no tenia otro partido que tomar sino el de capitular con la enfermedad ó con el método curativo.

En Guayaquil se ha empleado el calomelano por los DD. O'Neill, Jameson y Parson: no sé si por otro alguno mas. Los primeros no obtuvieron el buen éxito que se prometieron; pero es indudable que, el último ha logrado, vencer casos dificiles, aunque algunos de sus enfermos, salvos, han tenido otra enfermedad de que curarse en la convalescencia del tiphus. Esto no obstante, el Dr. Parson ha acreditado haber sido el que mejor ha manejado este arma, de dificil manejo, contra la fiebre-amarilla. Ello es que, en lo jeneral, todos los métodos usados en el principio de la epidemia fueron cambiando y uniformandose esencialmente; circunstancia que habiendo precedido sin previos acuerdos, quiere decir que, fué la obra del convencimiento de todos y de cada uno de los profesores, el cual ha dado el resultado comun que debia dar: á una misma clínica una misma terapéutica. Los vomitivos han conservado su puesto; pero no de faccion durante toda la enfermedad, como, antes, sino en la invasion de ella y cuando están indicados. Tal indicacion no es muy clara á la cabecera de los enfermos. El Dr. Piscis ha usado los vomitivos con acierto. Los purgantes fueron proscriptos sin que pueda decirse, que sin antecedente causa como sucede frecuentemente con las procripciones de los reos en política; la proscricion fué despues de un largo proceso y segun el mérito de autos. El agua Rás (espíritu de trementina) que desertó de los talleres de barniz para darse de alta en el servicio activo, de las lavativas, no hizo tan buen efecto en los intestinos como en las mesas y sofás; y despues de algunas travesuras, quedó limitado su uso para animar la accion de los sinapismos y entrar en los linimentos rubefacientes. Los vejigatorios probaban bien, cuando los apósitos de mostaza no eran bastante; notandose con frecuencia que, la cantarida producía una grande irritacion en la vejiga; causa por que se prefirió la cantaridina.—Respecto á los sinapismos, diré que he visto dos casos en el campo, en los que no habiendo mostaza para confeccionarlos, se cubrió la falta con ajos machacados y se obtuvo un efecto mas rápido y mas completo.

Finalmente, la campaña quedó por el método antiflogístico: la lanceta, las sanguijuelas, las bebidas emolien-

tes y temperantes, acciduladas; las lavativas, los baños de pies, poniendo en el agua caliente, mostaza, sal y ceniza, y los estímulos á la piel. La nieve se administró con profusion en muchos casos, y en algunos de vómito reportó un triunfo este medicamento sedativo. El Dr. Duran ha hecho un uso frecuente de él con buen éxito las mas veces.

Los amigos de las panacéas universales, los sectarios de la medicina de *Le-Roy*, no dejaron de poner en ejercicio *el médico de sí mismo*, y muchos cuentan grandes milagros del *pan quimagógo*. ¿Pero como podemos conciliar esto con la justa proscripcion de los purgantes? La medicina de *Le-Roy*, escelente en algunas enfermedades, especialmente entre las crónicas, obra como un laxante sencillo cuando se administra el purgativo en grado bajo y en pequeña dosis, y como uno de los purgantes mas drásticos cuando se da en grandes cantidades, del grado superior, ó se repiten las pequeñas en cortos intervalos. No es imposible que este medicamento haya obrado un buen efecto en la curacion de la fiebre amarilla, subministrado con discernimiento en la invasion del mal precisamente, cuando el ataque no ha sido muy grave y cuando la constitucion del paciente ha sido análoga al remedio; pero es muy positivo que, ha precipitado á muchos á la tumba en la epidemia de Guayaquil. Sin embargo, como la medicina, apesar de ser facultad tan difícil é intrincada, se pretende que esté al alcance de todos, y apenas hay quien no se crea con derecho para jirar, en una receta, una libranza á cargo de la salud del enfermo que la recibe y acepta, era mas recomendado por algunos el jarave de *Le-Roy*, que el *Elixir d'amore* en boca del Dr. Dulcamara, en la graciosísima ópera del maestro Donizzetti; y los mas lo tomaban con la misma fé que D. Quijote tragaba el bálsamo de Fiéra-Brás.

Lo que no puede dudarse es, que el método casero, ordinariamente usado en la Habana, con una que otra modificacion, ha obtenido en Guayaquil un merecido crédito, por las multiplicadas curaciones del typhus que ha conseguido; y por esto es que, nos atrevemos á recomendarlo muy especialmente á las personas distantes de los auxilios de Médico y de Botica.

Al instante que el individuo es atacado del mal epidémico, se le hará beber medio vaso regular de aceite comun, con el ácido de medio limon. (En la Habana usan partes iguales del aceite de almendras dulces y del de olivo ú aceituna, agregándole un poco de sal comun.) Esta bebida se repite dos y tres veces, hasta que haga su efecto, que

pocas veces lo hace como vomitivo, y casi siempre produce evacuacion del vientre y sudor abundante. He visto algunos enfermos á quienes ha quitado completamente las náuseas que padecian. Despues que este remedio ha obrado cumplidamente, se procede á administrar las lavativas emolientes, y las bebidas de agua de limon ó naranjada de naranjas agrias; lo que se practica regularmente al dia siguiente; porque lo que parece convenir mejor, despues de algunas horas del efecto del aceite, es una infusion caliente de la flor de sauco, si el paciente no ha sudado bastante. Los sinápsismos en los pies y en la nuca si el dolor de cabeza los exige, y en el estómago si hubiese dolor ó náuseas, pueden añadirse á este método, aunque en lo jeneral no han sido necesarios; porque muchos han sanado con solo la administracion del aceite del modo espresado. Citaré un marinero inglés del bergantin goleta "Enterprise" que apuró una botella en tres ó cuatro tomas en el curso del dia, sin que le produjese el menor efecto de vómito ni movimiento al vientre, ni mas que una lijera transpiracion en aquella noche. Al dia siguiente, sin dejar de presentar un aspecto de paciente, se vió como por encanto libre del dolor de cabeza, de las náuseas, y en una palabra: sin síntoma alguno de la epidemia.

Por lo que toca á las demas poblaciones del litoral, debemos referirnos á cuanto va dicho de Guayaquil; porque la tragedia ha sido una misma en distintos teátrros y con diferentes actores. El Dr. Mascote, que asistió enfermos en el Morro, y el Dr. Arcia que peleó dos meses largos con la epidemia en Jipijapa, despues que ambos la trataron en aquella ciudad, conocerán bien la verdad de este aserto. El primero ha tenido sus casos felices; y el segundo, que ha sido de los mas acertados en su practica, ha logrado grandes victorias contra la fiebre-amarilla en Guayaquil y en la provincia; pero no por esto ha dejado de contribuir con su contingente al panteon como cada cual de sus colégas. Para decirlo de una vez: el empeño de los médicos en su celosa asistencia ha quitado mucha ganancia á los curas; pero desdichadamente los curas han medrado mas que los médicos.

0000000

Método curativo de la fiebre-amarilla epidémica, seguido por el Dr. Destruge, Presidente de la Junta Médica de Guayaquil, y jeneralmente por los demas profesores.

Siendo la fiebre-amarilla, segun los síntomas que presenta, una enfermedad de las mas inflamatorias, de la membrana gastro-intestinal, la invariabilidad y la violencia de ellos aconsejan emplear para combatirla, un método antiflojístico, el mas enérgico; y apesar del axioma en voga durante tanto tiempo en la práctica: *vomitus vomitu curantur*, deben proibirse casi siempre los vomitivos, cuyos malos efectos son muy patentes en la mayoria de los casos.

No entraremos en la enumeracion de los métodos que se han empleado por diversos A. A. en la curacion de la fiebre-amarilla, ni nos detendremos tampoco en los antiflojísticos, mirado como tales ciertos purgantes y multitud de otros medios que la medicina fisiológica ha demostrado ser irritantes del tubo digestivo. Daremos sencillamente nuestro método, tal cual lo hemos aplicado en nuestra práctica durante veinte años, que hemos visto y tratado esta enfermedad; fundado en la esperiencia de célebres profesores, que han vivido largo tiempo en paises donde reina este typhus, y tambien sobre nuestras propias observaciones.

Al momento que el médico es llamado al lado de un enfermo atacado de la fiebre-amarilla, deberá (en nuestra opinion) hecho cargo de la constitucion del paciente, prescribir la sangria (*) arreglada á las fuerzas, al grado de inflamacion que se presenta, cefálalgia &c. Despues de la primera sangria, si continúa el dolor de cabeza, se ordenará un pediluvio estimulante con sal, mostaza y ceniza, que no deberá ser mas largo que hasta que se presente una transpiracion jeneral; seguidamente una taza de limonada tibia y se dejará en reposo al enfermo, por espacio de una hora, pasada la cual se le aplicarán sinapismos á las estremidades; al estómago si hubiere connato al vómito, y á la nuca si se sintiere pesadéz á la cabeza. La sed se combatirá con limonadas, naranjadas ó agua de piña; pero si el paciente repugnase los ácidos, como sucede con frecuencia, se prescribirá el agua de goma ó de linaza, cebada ó flor de malva.

Pasadas las doce horas primeras, si persisten aun los

(*) *Debe entenderse, en los casos en que la demandan los síntomas inflamatorios, y que no la contra-indica la constitucion del enfermo.*

síntomas inflamatorios, cefalalgia, y pulso lleno y fuerte, se dispondrá la segunda sangría y las medias lavativas emolientes para combatir la estitiquiez ó estreñimiento.—Si continua el dolor de cabeza y se presentan otros puntos de inflamacion, se usará con liberalidad de las sanguijuelas, haciéndolas aplicar sobre la region correspondiente á los órganos inflamados. El épigastro es el que las reclama mas frecuentemente. Cuando ellas son pequeñas y sacan poca sangre, pueden aplicarse hasta ciento y mas, favoreciendo la salida del licor sanguineo con algunas cataplasmas de harina de linazas.—La aplicacion de estos medios debe continuarse en tanto que duran los síntomas inflamatorios, que por lo regular se desenvuelven sucesivamente en el abdomen, en el tórax, en la region lumbar y algunas veces en la columna vértebral.

La aplicacion de las sanguijuelas, lo mismo que las sangrias, debe ser arreglada á las fuerzas del paciente; pero sin olvidar que, para obtener el buen resultado es necesario combatir sin cesar y con la mayor enerjia, tan temible inflamacion; persiguiéndola en cuantas partes se presente, y desde el principio de la enfermedad; por que si se contempora con ella, hace progresos tales, que destruye las funciones de muchos órganos esenciales para la vida, en muy corto espacio de tiempo. La muerte es entónces inevitable.

Las bebidas que hemos indicado, deben administrarse en cortas cantidades para no provocar al vomito, y consultando en lo posible el gusto del enfermo. La nieve debe darse en abundancia; pero en poca cantidad á la vez.—Las náuseas las hemos combatido algunas veces con rebulsivos sobre el estómago y á las estremidades, á cuyo efecto hemos empleado las ventosas, los sinapismos fuertes y tambien los vegigatorios en algunos casos. Para confeccionar estos hemos preferido la cantaridina, por que produciendo el mismo efecto que las moscas verdes, atacan menos á la vejiga que éstas.—En algunos casos tenaces de vomito, hemos subministrado con suceso las gotas del éter áctico (de cinco á seis). Las lavativas emolientes deben aplicarse con repeticion.—Hé aquí el método que hemos usado jeneralmente en el primer período de la enfermedad, recomendando una dieta absoluta.

El segundo y tercer períodos necesitan modificaciones importantes, arregladas á los accidentes que los caracterizan, sin perder de vista que estos son ocasionados por la violencia de la inflamacion, cuando los medios empleados

en el primer período no han sido suficientes para dominar el mal. Entonces deben repetirse, aunque con alguna reserva. Así es que, cuando persiste un punto inflamado, bien reconocido, por ejemplo: los riñones, cuya inflamacion se caracteriza por la supresion de la orina y dolores punjentes en la rejion que ellos ocupan, debe aplicarse á las partes correspondientes á dichos órganos un número conveniente de sanguijuelas &.

La postracion de fuerzas, frecuentemente grande en estos períodos, se combate con fricciones tónicas. Nosotros hemos usado comunmente del espíritu de ammoniaco con el de vino alcanforado.—Los tónicos, empleados interiormente, se ha notado que son siempre nocivos mientras que existan náuseas, vómito, dolores epigástricos ú otros signos que indican que la inflamacion existe aun con cierto grado de intensidad sobre algun órgano de las cavidades abdominal, torácica ó encefálica. Sin embargo, en algunos individuos hemos empleado, algunas veces, purgantes y otros exitantes del tubo digestivo; pero tales casos han sido tan raros, que apenas quisiéramos hacer mencion de ellos. En lo jeneral los purgantes han sido proscriptos con todos los estimulantes interiores. Las hemorragias pasivas, tan comunes en esta enfermedad, las hemos tratado con los ácidos minerales desleidos ó disueltos en agua comun. Algunas veces nos hemos servido de la ractánea; pero tales sustancias deben administrarse con suma precaucion, para evitar un aumento de la irritacion que existe.

Guayaquil, 11 de Junio de 1843.

J. B. Destrüge.

BIBLIOTECA NACIONAL

QUITO-EQUADOR

CONCLUSION.

Terminaré este pequeño trabajo con algunas observaciones acerca de su materia.—¿Quedaré la fiebre-amarilla en Guayaquil como enfermedad endémica?—Ecsisten opiniones y temores por la afirmativa. Diez meses de epidemia de un typhus que su mas larga mansion es regularmente de tres; que no ha dejado el campo apesar de las muchas lluvias y de lo fresco de la estacion; que cuenta con un fuerte apoyo en los pantános y aun en los pozos formados para apagar los incendios, ademas de la malísima policia de muchas casas, en especial en entre-suelos y patios, son motivos que

dan mérito bastante para tales temores. La fiebre-amarilla puede avecindarse en Guayaquil para atacar á su turno á cuantos lleguen, como hacia á fines de Mayo y principios de Junio últimos; pero yo creo que concurren varias circunstancias para persuadirnos de que el mal desaparecerá completamente. La intensidad de la enfermedad habia disminuido ya considerablemente: los pocos casos que se presentaban, graves, se dilataban en sus terminaciones hasta quince y mas dias, que quiere decir (en nuestro sentir) que el typhus habia degenerado en algun modo.—Las fiebres pútridas ó typhus ordinarios, habian aparecido en la ciudad, y tal aparicion, en los paises épidemiados, es frecuentemente una señal del término final de la épidemia. ¡Ojalá que nuestro juicio sea exacto, y que libre el hermoso Guayas de tan cruel azote, se enjuguen tantas lágrimas y vuelva á sus hijos el placer que inspiran sus risueñas orillas!

Por lo que respecta al modo de trasmitirse la enfermedad de los unos á los otros, piensen enhorabuena los unos: que no hay contagio, y los otros, como el Dr. Seixas de Barcelona, que el aire no puede ser conductor de miasmas y de efluvios malignos, porque su propiedad es mas bien desvirtuarlos. Por lo que toca á lo primero, han habido casos iguales al de un fiel criado, que acabando de dar friegas á su patron, atacado del tiphus-amarillo, fué acometido de la misma enfermedad con terrible violencia; pero yo creo que, estos y otros llamados de contagio, se esplican bien con la infeccion del aire; cuando de otro modo son contrapesados por una multitud de otros casos, de personas que habiéndose aislado por huir de la épidemia, han caido con ella mientras no han enfermado otros que mullian entre los épidemiados. Es una verdad que, el aire libre no es capaz de ser el conductor de miasmas y de efluvios malignos. El aire libre, propiamente dicho, no llevará ciertamente á Lima las exalaciones de alguna laguna pestilente que exista en Paita, ni los efluvios malignos de un apesado de Jaffa irán por tal conducto á las faldas del Thabor; pero en la reducida atmósfera de una casa, de una habitacion, y aun de una calle y de un barrio si se quiere, puede el aire que respiramos; que no es un éter purificador, llevar unos y otros y trasmitirlos por una verdadera infeccion.

¡Si el veneno inoculador del tiphus-amarillo lo llevamos en nuestras ropas, y se acomoda perfectamente en baúles y escaparates, quien ha podido fijarlo allí y trasmitirlo á los individuos sino es el aire el conductor? ¡El contacto inmediato, como se dice de la peste de Oriente?—Tal opinion

está muy combatida con hechos, que si no la destruyen del todo á lo menos la debilitan demasiado; cuando en favor de la opinion de la infeccion del aire ha tenido lugar el invento de las fumigaciones. Invencion que, segun Seixas y otros distinguidos profesores, no solo no es útil al objeto sino opuesta á él y por tanto perjudicial. Yo no me atrevo á decir otro tanto; pero sí diré que, en mi humilde opinion, las fumigaciones son unos conjuros ridiculos, sin otra virtud que la que dió en un tiempo la credulidad á los talismánes, amuletos y versalmos para librarse de los peligros. Hay muchas personas que tienen tal fé en estos sahumeros, que en este respecto son útiles; porque aleja de sus creyentes el temor, y porque nada es mas interesante en la desgracia que un consuelo.

FIN,

Biblioteca Nacional



F. M. DE MIRANDA

FIEBRE AMARILLA EN CUA YAQUIL

1844